

LA AMENAZA DE LO ESCUCHADO

Reflexiones en torno a la actividad de recolección de testimonios en la CVR

Martha Stornaiuolo – Victoria Pareja Lima, 2001

Durante el taller de trabajo en el que participamos, en forma conjunta, los terapeutas del CAPS y personas ligadas a la Comisión de la Verdad y Reconciliación, se realizaron diversas actividades: exposiciones, charlas, grupos de discusión y también grupos de dinámica. Este trabajo surge a partir de la vivencia de las autoras en uno de esos grupos de dinámica y pretende ilustrar y (¿por qué no decirlo?) procesar la naturaleza, profundidad e intensidad que pueden llegar a adquirir algunas emociones que suscita la tarea en la que, desde diferentes canteras, ambos grupos confluimos.

Aparte de los miembros del CAPS, los asistentes son, mayoritariamente, personas ligadas a los organismos de Derechos Humanos que, en el contexto de la CVR, actúan recogiendo los testimonios de la población afectada por la violencia política que se vivió en Perú en los 20 últimos años. En esos años la población civil fue blanco del ataque de grupos subversivos y contrasubversivos que actuaron con extrema crueldad: raptos, tortura, asesinato selectivo, exterminio de poblaciones, ajusticiamientos arbitrarios y desapariciones, mantuvieron a un gran sector de habitantes del país, en su mayoría provenientes de zonas rurales, en un estado de confusión y terror, el ataque podía llegar en cualquier momento y de cualquiera de los grupos enfrentados, que podían venir, además, disfrazados de su oponente. Había que huir, se huía a los cerros para volver al poblado al día siguiente, se huía hacia las grandes ciudades y, paradójicamente, hacia lo más íntimo, la casa, la familia y el propio psiquismo en el cultivo del silencio; distintas formas de encierro al margen de la amplitud o estrechez del entorno.

Aquello que quedó encerrado, guardado en el contexto familiar o intrapsíquico, encuentra en la invitación a testimoniar que hace la CVR, una nueva vía hacia lo público y por lo tanto se convierte por esa vía en social; aquello que sólo se podía mencionar en secreto por el miedo a la represión y represalia pasa a formar parte de la historia de esa persona y en consecuencia de la comunidad y del país.

Las personas que escuchan los relatos son el primer eslabón de ese enlace entre la vivencia privada de los afectados y la comunidad toda.

RECuento DE LA SESION DE DINAMICA

Luego de la consigna “vamos a estar reunidos durante hora y media para discutir tanto sus experiencias de trabajo como lo expuesto en las conferencias”, la primera persona en intervenir es una señora que está embarazada; dice que, por estar encinta, a ella le afectaba escuchar relatos de madres que habían perdido a sus hijos -y continúa-: sólo cuando uno de nuestros familiares ha sido víctima se persiste en la tarea.

Durante toda la sesión de dinámica ella sostuvo un file frente a su cuerpo, cubriendo el vientre, tras el file se aprecia un embarazo calculable en más o menos 4 meses de avance, la

implicación de protección que conlleva esa postura es totalmente clara, la señora lo verbaliza: ojalá nunca tenga que pasar por una experiencia así, perder un hijo.

Desde otra persona (de otra sede) surge el comentario de que, cuando la tarea se hace en soledad, se siente más, relata que en una anterior venida a Lima se le abrieron las úlceras y tuvo que ser intervenido, de vuelta a su localidad encontró apoyo y guía de la población de la zona, que le advirtió cuáles eran los lugares a los que podía resultar peligroso acercarse, así como “quién es quién” (quienes permanecen vinculados a la subversión).

Otra participante manifiesta su irritación acerca de la propuesta de recoger, de los perpetradores encarcelados, la identidad de los desaparecidos y los lugares de su posible ubicación, pues –dice-, con seguridad ello generará expectativas que quedarán insatisfechas en los familiares. A continuación comenta que anteriormente la tarea la afectaba sobremanera, había empezado a trabajar en derechos humanos los 16 años, muy joven; tuvo que recurrir a tratamiento médico y psicológico y logró aprender a mantener cierta distancia de lo que escuchaba y vivía con la población y los testimoniantes,. Una psicóloga del CAPS la ayudó en el trance de acompañar a una exhumación, relata un caso patético de identificación de un desaparecido mediante sus ropas, que “representan” (¿re-presentan?) al muerto. Tiempo atrás, el familiar se había acercado al lugar en el que sabía estaban los restos de sus seres queridos, y huyó horrorizado al encontrarse con el espectáculo de perros alimentándose de esos restos.

Alguien comenta que, durante las visitas a una localidad para el recojo de testimonios, los locales advertían: “en la plaza están los malos (terroristas)” y había que buscar refugio en la Iglesia, pernoctando allí, en una noche de insomnio y miedo porque no se sabía qué podía ocurrir. Partieron al día siguiente, con temor a una emboscada.

Una de las personas intenta reasegurar al grupo, diciendo que ha investigado entre los subversivos encarcelados y que ellos aseveran que nada tienen contra la CVR, que el trabajo de quienes recogen testimonios no es considerado amenaza ni es objetivo para un ataque.

(A estas alturas una de las terapeutas se percata de que haber estado intentando esquivar el lente de un fotógrafo, cuyo trabajo – según dice- es también voluntario en la actividad de la CVR, está muy en sintonía con las ansiedades del grupo: ¿quién es quién?).

Desde otra voz se escucha una réplica: tal vez, pero en la Selva no podrías estar tan seguro, porque allí, además, actuó conjuntamente el narcotráfico, y ellos no obedecen a consignas partidarias. Además, agrega alguien, por causa de la coca hay otros problemas: una sustancia que fue rociada para erradicarla y que, supuestamente, destruye las raíces de la planta está causando erosión en la superficie de la piel de los habitantes de la zona de cultivo.

El miedo y el horror se suceden en las asociaciones; la siguiente evocación es la imagen de una madre asesinada en brazos de su hija pequeña y, luego, el relato de cómo una pareja de esposos fue raptada con sus hijos de 3 y 5 años, siendo asesinados los padres, en una quebrada, en presencia de las criaturas. Al día siguiente la comunidad sale en su busca y

encuentra a los niños comiendo la sangre de sus padres. ¿Qué hace uno cuando la experiencia es tan fuerte? se pregunta quien relata esto, ¿con quién compartirlo? ¿o cuando los niños son llevados en helicóptero y arrojados del mismo para hacer tiro al blanco disparándoles en el aire? Uno de estos pequeños sobrevivió pero en muy mal estado y, abrumado por la experiencia, no puede alegrarse de la supervivencia.

Ante estos relatos los voluntarios dicen: “uno capea el temporal (de oírlos) pero los que lo han vivido...”. No siempre pueden los voluntarios “capear el temporal”; tras escuchar un testimonio -cuenta uno de los presentes- un compañero de labor, que conocía a quien el testimoniante sindicaba como responsable, salió llorando y exaltado, diciendo que tenía un arma e iba a matarlo. La escucha y la contención de los demás miembros de ese equipo le permitieron sobreponerse a la inmensa ira que lo invadía.

El impacto de lo escuchado es insoslayable, comenta otra persona, y relata que tuvo que recoger el testimonio de una madre que se vio obligada a huir con sus 4 hijos a los cerros, el menor era aún un bebe de pecho y lloraba; la madre tuvo que matarlo para que sus llantos no atrajeran a los perseguidores y poder salvar así a las demás criaturas. Dice haber controlado su espanto mientras escuchaba todo esto pero, aún sabiendo que la mujer no encontraba otra forma de resguardar a sus otros hijos, no pudo evitar llenarse de furia contra la filicida y, luego de recoger el testimonio, salió al campo a gritar, a llorar a gritos; rabiosa y desesperada, arrancaba las plantas y las yerbas que encontraba.

Uno de los participantes, agrónomo, comenta extrañado que no le ocurre eso, que siempre mantiene reserva de lo oído y no se siente afectado por lo que escucha, puede conservarse al margen a pesar de haber incluso presenciado escenas de espanto: cuenta que, en una oportunidad, oculto, pudo ver a un grupo de atacantes que cocinaban como chicharrón a personas que habían capturado, y comían esa carne.

(Al escuchar esto, en una de las terapeutas, algo más carnosa que la que se ocultaba del fotógrafo, la imagen desemboca en esta fantasía: “si me llegan a ver a mí, me echan el ojo...”)

Continúa quien acaba de intervenir, dice que puede mantener distancia pero no sabe por qué, qué le pasa, si eso está bien o será que está acumulando una presión que luego puede explotar; el grupo le sugiere que quizás, sin que él se percate el trabajo puede estar afectando sus relaciones familiares, responde que no, expresa que, en sus ratos libres, trabaja en casa, se ocupa de reparar cosas, de arreglar y cultivar sus plantas.

En el reporte anterior no hemos dado cuenta de las intervenciones que hicimos como coordinadoras del grupo; esas intervenciones apuntaron a reconocer la dureza del trabajo, la inmensa importancia de contar con un equipo de soporte para realizarlo, de mantener la confidencialidad pero poder sacar del interior el horror que puede suscitar la tarea que realizan, diversificar actividades, tener espacios libres para el disfrute y las dimensiones gratas del contacto con las personas, un tiempo para reconfortarse en el cultivo de las cosas buenas de la vida.

No sabemos cómo se desarrollaron los otros grupos que simultáneamente se llevaban a cabo ni el contenido de lo que en ellos se expresó, no teníamos una expectativa prefijada respecto al discurso del grupo que nos tocó coordinar.

Lo que escuchamos nos hace evocar la reflexión de un colega y amigo¹: “si no se sacan, esas emociones se van al cuerpo”. El contenido del discurso que nos tocó acompañar y nuestra respuesta al mismo corroboran su observación y la toxicidad que pueden tener esas impresiones. La naturaleza e intensidad de las vivencias son de tal suerte que, incluso mediando la escucha de quienes recogen los testimonios, alcanzó a las coordinadoras del grupo generando una sensación de amenaza. Tanto ellos como nosotras tratamos de dar un empático soporte a la vulnerada sensibilidad de quien cuenta las experiencias vividas, de ayudar a metabolizarlas. Reconocemos, en el material de esta reunión de grupo, las más atroces y primarias fantasías que pueden emerger en el proceso de constitución del individuo, que requieren del procesamiento que da la función de reverie que propone Bion para que el sujeto se pueda construir saludablemente.

Esta dinámica viene a reforzar nuestro convencimiento de la gratitud que merecen quienes son los receptores directos de los testimonios y de la necesaria labor de la CVR, de la cualidad sanadora y preventiva que cumple para la sociedad en términos de salud mental. Es, además, ocasión para subrayar la capital importancia de que los equipos que trabajan en estos temas cuenten con soporte psicológico. Para estas personas es una cuestión de compromiso y solidaridad con el otro involucrarse en ese trabajo, grato en la medida que reafirma y restablece la solidaridad interpersonal, insoslayablemente doloroso desde otros aspectos, el espacio para la elaboración psicológica es necesario para evitar que a lo doloroso se agregue lo dañino.

¹ El Dr. Alberto Péndola